

«6 + 7 = 18»

Gregorio Salvador¹

La desnortada suma que pongo por título es la respuesta de un alumno de la ESO, cuya posible evaluación comenta paródicamente, en la página 40 del n° 102 del Boletín que publican mensualmente los Colegios de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, alguien que se firma con el expresivo seudónimo de Inocencio Docente. Es la página de humor de la revista y ya digo que se trata de una parodia, es decir, de una imitación burlesca, pero hay tan poca diferencia entre el texto humorístico y las reales orientaciones pedagógicas promovidas por la Logse que si no fuera por la destacada cabecera de la página, que declara sin ninguna duda el carácter de su contenido, sería arduo distinguirlo de promulgadas ordenanzas, las frecuentes circulares y las pretenciosas directrices con que abruman de contenido al discolo profesorado que no quiere comprender las excelencias de la nueva educación. He visto algunas instrucciones de ese tipo sobre materias de letras, sobre la evaluación parcelada de los conocimientos de lengua y de literatura, sobre la calificación de lo positivo sin obstinarse en destacar lo negativo, que si sustituyéramos Inspección por Inocencio –todo empieza por i– encajarían como ficción en esta página sin cambiar ni una coma. Bueno, comas sí, porque Inocencio las sabe poner y los de las circulares no.

Que un texto regulador pretendidamente serio pueda intercambiarse fácilmente con un texto paródico, sin que se advierta el trueque, es asunto que debería inquietarnos no poco, porque quiere decir que algo esencial está fallando en el sistema. Pero es que, además, si el sistema que falla es el educativo, la situación es como para que se nos pongan los pelos de punta y, tras reflexionar un poco, lloremos desconsoladamente por el futuro que le pueda aguardar a un país donde se ha oficializado y legitimado la fabricación masiva de analfabetos funcionales, y además se potencia, se encarece y se justifica tal decisión. Digamos sin más que la Logse es ya de por sí, lo mismo por su estilo que por sus pretensiones, una siniestra parodia de lo que debería ser, sensatamente, una eficaz ley de educación. Gabriel Albiac, que ha tratado recientemente este tema, en un artículo contundente, cita esta perla proscriptita hallada en su texto: «A partir de la aplicación de la ley, el error no será considerado ya como un defecto, sino como la expresión auténtica del dinamismo subyacente del alumno».

Párrafo que nos prepara cumplidamente para retomar a la susodicha suma y a comprender las imperiosas razones legales que orientan el (¿paródico?) comentario de Inocencio Docente, que aprecia los siguientes valores en la respuesta: La grafía del signo seis es del todo correcta y, asimismo, la del siete; y el signo más nos dice, acertadamente, que se trata de una suma. Y en cuanto al resultado, puede verse que el uno es correcto. El segundo número no debería ser ocho, eso sí, pero si se corta por la mitad, de arriba abajo, puede observarse que el alumno ha escrito dos treses simétricos, y podemos quedarnos con el bueno, el de la derecha, porque se ve que era buena su intención. El conjunto de estas observaciones evidencia que la actitud del alumno ha sido positiva, pues lo ha intentado, los procedimientos han sido correctos, pues todos los elementos de la operación han están ordenados correctamente sólo se equivoca en uno de los seis elementos que forman el ejercicio, lo cual es casi sobresaliente. En consecuencia se le debe dar un «Notable» y decir que «Progresó adecuadamente».

1. Artículo aparecido en el diario ABC, el 12 de marzo de 1999, y reproducido en el libro *El destrozo educativo* (Grupo Unisón Ediciones, Madrid, 21004, 113-117).

Hasta aquí el desahogo humorístico de nuestro Inocencio, que es una manera como cualquier otra de aguantar la estupidez ajena, una opción defensiva, la de la risa y la caricatura, ante una situación degradada e intolerable, denigrante y coactiva, la situación a la que se ven sometidos, desde una legalidad delirante pero vigente y unos postulados seudopedagógicos tan falsos como reiterados, tantos y tantos profesores de enseñanza secundaria que todavía mantienen su fe en el saber, su esperanza en el conocimiento y su amor a una profesión que, hasta hace poco, les permitía comunicar su disciplina con alegría y exigírsela a unos muchachos que se estaban formando y que constituían el horizonte previsible y prometedor del futuro.

Tengo entre ellos bastantes amigos, antiguos compañeros, numerosos discípulos: me cuentan y no paran. Esos muchachos están ahora ahí por imperativo legal, pero el saber les interesa más bien poco. Se han convertido en intocables, hacen lo que les place: campan por sus respetos. No necesitan demostrar nada para pasar de curso, decisión que, en última instancia no corresponde al claustro sino a la familia; para el profesor no son propiamente alumnos, simplemente están, los tiene delante, los padece. Perdidos en la turbamulta, puede haber acaso algunos con deseo de ser y de saber, con los que cupiera haber establecido ese vivo y fructífero vínculo en que ha consistido habitualmente la franca relación de maestros y discípulos, pero casi resulta imposible descubrirlos, retraídos y anegados por esa masa vocacionalmente necia, indiferente e insensible a cualquier afán de superación o discernimiento.

Me habla de todo esto alguien que en estos últimos tiempos, con más de treinta años de experiencia docente, por lo general satisfactoria, gozosa muchas veces, empieza a sentirse inerte y desbordado, harto de lo que ve, de lo que oye, de tener que argumentar cada día lo que es obvio, de esforzarse en avanzar contra corriente, hasta el punto de que no sabe ya si va a ser capaz de resistir sin claudicar los ocho o diez años que le faltan para poder jubilarse y perder de vista el infierno en que le han convertido su profesión. Algunos, que han podido, la han abandonado, otros han tenido que recurrir al psiquiatra y conseguir bajas, más o menos prolongadas, para reponerse de la tensión y del desconcierto en que viven: me da nombre. Y los hay que han optado, como sabía medida terapéutica, por el humor, igual que ese desconocido Inocencio Docente: por desdramatizar la situación, por vivirla como farsa, que eso es lo que es, verdaderamente.

«Esa suma del cuento –me dice este amigo– es posible situarla en una sección de humor, porque al fin y al cabo eso es aritmética y con los números el desvarío se percibe mejor desde fuera; con alguna respuesta equivalente de asignatura de letras, la parodia sería imperceptible: es la matraca con la que nos vienen cada día. Incluso van más lejos. Algo análogo al disparate del ocho partido por la mitad, en lengua o literatura, no quedaría en una mera justificación para el notable paródico: nos dirían seriamente que eso hay que valorarlo como un indicio de la creatividad del alumno, es decir, con palabras de la ley, una muestra auténtica de su dinamismo subyacente y nos sugerirían que eso merece ser premiado con más nota. Cualquier profesor sensato, para esa suma fingida y para tantos y tantos dislates semejantes, no tiene más que un recurso explicativo: dos trazos cruzados de su lápiz rojo. Pues bien, a mí un inspector adoctrinado quiso hacerme ver, en cierta ocasión, que las tachaduras y señales con lápiz rojo eran un agravio para el examinado, porque atentaban despectivamente contra lo que él había escrito. La LOGSE y sus secuelas educativas es una de las peores calamidades que hayan podido sobrevenirle nunca a este país. Y los que podéis y tenéis alguna experiencia en la materia deberíais proclamarlo».

Lo proclamo gustoso. E insistiré sobre ello. Suma y sigue.